

LO QUE SE PIENSA ENTRE TURNOS

POR IVÁN MERCADO PEÑA¹

Crear conexión con un objeto. Eso fue lo que se nos pidió hacer. Escoger un objeto cotidiano y darle un sentido, uno personal y emocional para poder contar una historia con él. Bailarlo, habitarlo, respirarlo y sentirlo. Hacer que signifique algo, pero no solo eso, darle un verdadero significado, que duela, que pese. Que nos pertenezca. Me quedé pensando muchos días. ¿Cómo se crea conexión con algo que no está vivo? ¿Cómo hacer que un objeto sin alma o sentir me refleje? ¿Y cómo, encima de todo, hago que otros sientan lo mismo que yo al verlo?

La tarea era sencilla. Pero yo no soy sencillo cuando se trata de hablar de mí.

Ese día caminé a mi casa y quise observar y detenerme en los detalles que siempre ignoro. Vi la calle, las personas, las casas que parecen repetirse, los perros que ya no tienen energía para jugar, los carros pasando, el puente despintado, la cerca rota y un huacal. El huacal. No era especial. Era uno de muchos, pero lo reconocí de inmediato, como si me hubiera estado esperando, como si hubiera estado ahí todo este tiempo. He visto muchos de esos. He cargado muchos también. Sábados eternos, tardes de calor, empacando y desempacando mercancía. Llenando los turnos obligados. Trabajando con mi papá. Ese hombre que es el jefe, o el jefe que es el padre. Da igual, es uno mismo.

El huacal me habló de eso. Del trabajo, del esfuerzo, de las rutinas silenciosas, de los turnos, del calor, del sudor y del silencio. Me habló de él. De nuestra relación o la gran falta de ella. Fue cuando supe que ese objeto era el indicado. Porque no me gustaba, porque me incomodaba, porque tenía historia y era mía.

Entonces lo escribí y llené hojas enteras con lo que significaba ese huacal. Palabras, frases, memorias, sueños. Le intenté dar forma, fondo y voz. Mi voz. Empecé a trabajar con él en clase. A explorarlo desde el movimiento. Pero algo se sentía apagado, falso, vacío.

Era demasiado personal y yo no estoy acostumbrado a mostrarme de esa manera. Así que lo ignoré y me alejé del tema. Empecé a esconderme tras la técnica, tras el deber de terminar la coreografía, sin darle un sentir a los movimientos, sin un trasfondo. Me refugié en los movimientos que sabía ejecutar bien, en las repeticiones seguras, en lo mecánico. Pero el cuerpo no es tonto. Tarde o temprano, el cuerpo pide ser escuchado y yo lo estaba ignorando.

Cuando se entregaron avances, lo primero que me dijo mi maestro fue que me dejara sentir. Que tal vez así podría sanar eso que nunca dije. Me vi en sus palabras porque era cierto. No estaba bailando mi historia, estaba huyendo de ella.

Creo que nunca unas palabras me habían afectado tanto en una clase porque me mostraron mi desconexión. No con el huacal, sino conmigo mismo. Fue una sacudida interna, algo movió dentro de mí y ya no hubo forma de continuar igual.

A partir de ahí todo se volvió más difícil. Cada vez que escuchaba la música, cada que me sentaba a pensar en la coreografía, me invadía la ansiedad. Un miedo profundo, como si estuviera haciendo algo indebido. Como si hablar de él fuera peligroso. Como si bailar esto fuera un acto prohibido. Como si el cuerpo estuviera traicionando ese pacto silencioso que hicimos de no tocar el tema.

Ese sentimiento me perseguía. Nunca se iba del todo y me hacía sentir pequeño, vulnerable e inseguro. Era parecido a tener una conversación privada frente a un espejo gigante. Sentía que cualquiera que pudiera verme también vería exactamente mis recuerdos, mis memorias, y sabría que me dolía. Eso me aterraba.

Las últimas semanas de clase las viví con un peso muy grande encima. Me daba vergüenza la coreografía, no quería mostrarla porque me sentía expuesto. Todos iban a mirarme justo donde no quería ser visto: el escenario se convertiría en la cabina de su camioneta, cerrada, calurosa, tensa y silenciosa.

Pero entonces entendí algo. El arte también es eso. **No solo es estética ni belleza ni líneas limpias.** Es también el temblor, la herida, la memoria que no se borra.

Es exponerte aunque no estés listo. Es hablar de lo que no se dice y hacerlo con el cuerpo.

Aprendí que muchas veces el arte te pide cosas que no quieres dar, pero que, al darlas, entiendes un poco más de ti. No sané nada. No entendí todo. Pero me vi, me reconocí y me nombré. Me di cuenta de que la danza no siempre es alivio, a veces también es un espejo incómodo, pero necesario.

Como artistas, tenemos la responsabilidad de ser honestos. De ir al fondo y de incomodar, porque solo así el espectador puede encontrarse también. Esto es un intercambio de memorias, de emociones, de heridas abiertas y de sus propias vivencias. Y eso es lo que quiero provocar cuando la gente me vea.

Esta coreografía no fue una respuesta, fue una pregunta, una que todavía no sé cómo responder, pero necesitaba ser hecha. Un intento o un trozo de algo que no se deja decir con palabras, pero se mueve, respira, tiembla.

Con esto no llegué a ninguna conclusión. Solo recordé, observé, monté y memoricé. Me senté en la coreografía como me sentaba en su camioneta: callado, con el corazón acelerado, con mil cosas que no se dicen, con silencios aterradores y caras que solo hablan con las cejas, con manos apretadas y el nudo en la garganta. Nunca nos entendimos. Nunca estuvimos del mismo lado. Solo unas cuantas palabras y muchas más que se quedaron guardadas. Así como se guarda la mercancía en un huacal: a la fuerza, sin espacio y sin un orden. Golpeando los bordes de lo que no se acomoda y apretando lo que nunca encajó.

Espero algún día poder darle un final a esa coreografía. Un final verdadero. No porque se acabe la música o porque se deba de llenar el tiempo requerido para tener los puntos de la materia, sino porque se acaba el peso. Y tal vez, solo tal vez, cuando eso pase, también pueda darle un cierre a ese recuerdo. Y a ese huacal que aún no se acomoda. Porque quizás no era el objeto el que necesitaba cambiar, sino yo.

¹ Estudiante de 4º semestre de la Licenciatura en Danza Contemporánea de la Facultad de Artes Escénicas de la UANL.

